

JUAN IGNACIO CASTIELLO CHÁVEZ

Hugo González, a un año de su partida

Conocí a Hugo en 1979 en el Iteso, en nuestro primer día de clases de la carrera de Arquitectura.

Se me figuró un “chavo de onda”: con lentes oscuros tipo mosca, alocada melena, pantalones acampanados y una inconfundible camioneta Brasília bajita color naranja.

Con mis obsoletas etiquetas de aquel entonces, se me figuró todo un junior indolente y apático. ¡Qué equivocado estaba! Al poco tiempo, Hugo nos sacudía desde sus primeras entregas de composición (diseño) por su inmensa capacidad.

Esto ocasionó que pusiera especial atención en sus trabajos y que se desvanecieran mis prejuicios iniciales.

Hugo era un tipo de caminar pausado, de esbelta figura que huyó del ejercicio; era racional y reservado, directo y sincero; era, ante todo, trabajador y comprometido.

Todo indicaba que estábamos en la misma búsqueda de entender la arquitectura, y nos hicimos amigos.

Comenzó con ello una especie de competencia no hablada, que en medio de las cubas derivaba en alegatos interminables, intrasigentes y obstinados, con una energía mutua guiada por el gusto a la confrontación. Terminábamos agotados, pero nuestra “arrogante modestia” quedaba intacta. ¿Cómo no íbamos a ser amigos?

Siempre he preferido la crítica de la arquitectura desde el sentido común, desde los juicios limpios, sin vicios ni tendencias, sin prejuicios ni pretensiones. Me enervan las búsquedas estéticas estériles y egocéntricas; como dice Juhani Pallasmaa: “son autorreferenciales y autistas”.

Por ello, nunca me interesó mucho la crítica de mis colegas; sin embargo, siempre me interesó la crítica de Hugo. Era contundente, devastadora y despiadada, soportable porque asomaba destellos de genialidad. Y es que, mi estimado amigo, si siempre fuiste exigente y severo contigo mismo, ¿cómo no íbas a serlo con los demás?

Creo que viniste a este mundo a arriesgarte en la profundidad de las ideas, en la intensidad de lo trascendente.

En la arquitectura no había tregua: te jugabas la vida en cada decisión de tus proyectos, algo difícil de entender en estos tiempos quitapón. Quizá por eso nunca hubo suficientes honorarios que pudieran pagar tu incondicional entrega. ¿Cómo cobrar los sueños, los desvelos o las luchas internas? Recuerdo tus palabras en uno de los concursos en los que colaboramos: “Se me vienen tantas ideas que me

confirman el que haya estudiado arquitectura”.

Tú sí eras arquitecto.

Me queda claro que no viniste a este mundo a tratar de caer bien o a formar parte de grupos solo por pertenecer. Tu autenticidad era implacable, y eso te hacía singular y único. Por eso fuiste mi mejor crítico y mi respetado y admirado colega.

Detrás de tus aparentes posturas inflexibles, había una inmensa generosidad y una calidez frecuentemente incomprendidas. Entiendo que te costó trabajo convivir en un mundo inundado de tanto egoísmo y superficialidad. Quizá por eso te sumergías frecuentemente en esa profunda cueva que solo tú habitabas.

Aprendí de todas tus etapas, de todos los Hugos que nos compartiste, todos necesarios, desde nuestra competencia a ultranza por ser el mejor hasta tratar de ser solamente buenos amigos. Con el paso del tiempo nos reconocimos vulnerables y todo cambió a ritmos más quietos y pausados.

Nuestras discusiones se convirtieron en diálogos, a veces con prolongados intervalos de silencio. Tu fragilidad de los últimos años te hizo más callado, pero más humano, y entonces apareció un Hugo más humilde, transparente y sorprendentemente empático, que te complementó como persona.

Recuerdo cuando me llevaste a una de tus últimas obras. Te notaba ya algo cansado y con cierta angustia por terminar algo que intuías que sería bueno. Ya no necesitabas mi opinión, solo acompañamiento. Y me dijiste: “Con una obra que me dejen hacer bien, será suficiente”.

Este texto en tu memoria tuvo que esperar un poco buscando su tono adecuado. Espero lo haya logrado. Hugo, sé que estabas exhausto, ya no había más tiempo para ti.

En el drama pasajero, todavía me ayudaste a seguir sanando añejas heridas. Gracias porque contribuiste a que fuera mejor arquitecto y mejor persona. Fuiste un gran sinodal a lo largo de mi vida. Nos dejas un ejemplo de una persona buena, íntegra, coherente y auténtica, con un extraordinario talento.

Nos dejas un legado de dos obras maestras, y a tus tres mujeres: tu querida esposa Delia, nuestra amiga; y tus dos hijas, a quienes llegué a querer por tus recurrentes anécdotas. Las seguiremos procurando y acompañando.

Estimado amigo, te hemos extrañado. Los viernes seguiremos brindando en tu honor. Hasta siempre.

EL AUTOR ES ARQUITECTO INDEPENDIENTE.